

Don Victoriano Salado y don Tertuliano Álvarez

Juan López

Como lo primero es lo primero, por lo primero se ha de hilvanar este relato, para decir que la distancia que hay de Mexxicacán, mi tierra natal, a Teocaltiche, Jalisco, solar natural de don Victoriano Salado Álvarez, es muy corta, si acaso unas cuantas leguas. Eso sí, todo es salir de mi pueblo, dejar a un lado a “Toyahua [Zacatecas] segundo cielo”; saludar solemnemente a “Nochistlán [Zacatecas], gloria escondida”; desde lejos decir adiós a San Pedro Apulco, Zacatecas; y, en menos que un cura loco reza un credo al revés, llegar a Teocaltiche, tierra de chapulines. Tanto es así, que hasta la venerada imagen de la patrona teocaltichense, nuestra Señora de los Dolores, lleva sobre su pecho un chapulín de oro y pedrería que no me deja mentir.

Muy a pesar de esa cercanía, de niño nadie me dijo que “Tecualtiche”, como dicen los rancheros del rumbo, hubiera sido el lugar donde quedó el ombligo de don Victoriano; es más, yo ni sabía que hubiera nacido, crecido, reproducido y muerto el insigne Salado Álvarez en lugar alguno; yo ni sabía si el ilustre chapulín había llegado a ser todo lo que fue o si quedó en un modesto pajón y destripaterrones.

Lo anterior, muy a pesar de que en “Teocal” vivía don Donaciano Jiménez Iñiguez, padre de doña Macaria Jiménez Jáuregui de López, ahora mi señora madre—mi abuelo se había casado en segundas nupcias, decían, con una señora gorda gorda, muy gorda, pero riquilla, vaya lo uno por lo otro—; ni porque en ese lugar, también, vivía Hilaria López Delgadillo, según eso la

más bonita de las hermanas de mi padre, don José María López Delgadillo, casada la tal tía con don Benito, sabrá dios de qué apellidos, un muerto de hambre que, para otra de mis tantas y tantas desgracias, me encajaron como mi padrino de confirmación, ceremonia efectuada en la catedral de Aguascalientes. Del tal padrino solamente recibí, como galas ahijadales, un barquillo con nieve, de la que vendía un tal don Román, y un balero que, por cierto, no me gustó y, por lo mismo, nunca quise jugar con él; a pesar de eso y de otras muchas especies que omito por no destapar la familiar caja de Pandora y por no aburrir al lector, pero que me amarraban a "Teocal", nada sabía yo del tal don Victoriano, ni menos de don "Tertuliano"; es más, como siempre me ha sucedido, no sabía lo que debería saber.

A decir verdad, yo qué iba o no a saber de don Victoriano o de lo que fuera, si en mi escuela primaria a tiras y tirones había un libro de lectura solamente, el pobre jalaba para todos lados del salón; recuerdo que su nombre era *Rosas de la Infancia*, su autora fue doña María Enriqueta Camarillo de Pereira, ni más ni menos que la esposa del insigne historiador don Carlos Pereira; en ese bendito libro, dizque aprendimos a medio leer mis compañeretes y yo, si es que algo aprendimos.

He de acentuar lo de que en mi salón únicamente había un ejemplar del libro mencionado; lo que yo no sé es qué demonios hacían en mi casa dos libros: uno, la *Historia Sagrada* de un autor seguramente alemán, que mucho me gustaba hojear y ojear por tantos y tan bellos grabados como tenía; el otro libro era, admírese usted, *El Conde de Montecristo*, de don Alejandro Dumas, tétrico relato impreso a dos columnas, las que como dos líneas paralelas nunca llegaban a juntarse ni menos a terminarse, por ser como eran producto de la infame impresión de Sopena, Argentina.

Mi tía Sara, quien por haber criado a mi madre ha fungido, y funge, en mi genealogía como abuela, siempre fue, además de catequista, inyectora, modista, "preceutora" y general cristera, una lectora asidua, por ello, a mis hermanos y a mí nos indujo constantemente

a la lectura; mi tía siempre tuvo misales, catecismos, devocionarios, novenas, vidas de santos, años cristianos, un decimonónico diálogo entre un tal Electro y un por cual Desiderio, un Lavalle, letra gorda, un Frascuelo y algunos otros más, los que yo, de niño, leía y releía cuantas veces podía.

Mis recuerdos escolares nada tienen de agradables. Ha de ser porque a mí nunca me han gustado las escuelas, de tal manera, que cuando me he visto obligado a ser alumno de ellas, ha sido porque no me ha quedado otra alternativa; en las escuelas he tratado, con todo mi esfuerzo, de no hacer el menor de los casos a lo que en ellas se dice o se hace; de mi cuenta me hubiera quedado en autodidacto, que, si se ofrece, eso y no otra cosa he sido. Las escuelas me dan mala espina, quizá porque me recuerdan la paupérrima mazmorra de mi primaria en la que había dos energúmenos verdugos disfrazados de profesores, que Dante con todo y su infierno se quedaba en pañales, quizá sea por eso... o por inútil... o por los dos motivos.

Como lo que tiene principio trae aparejado un fin inexorable, mi escolaridad mexiticacanense no pudo escapar a tal ley, y fue así como terminé el cuarto y último grado de primaria que había en la escuela rural de mi tierra: ahí no me quedaba más por hacer en mi baja calidad de escuelante: o repetía el cuarto año hasta especializarme en él, como para perfeccionarlo, o emigraba a Guadalajara, a hacer el quinto y sexto grados, indudablemente que en escuelas católicas, apostólicas y romanas “para que no se vaya a echar a perder el niño, en escuelas del gobierno”, diría mi madre.

Con esa directriz y con la influencia de mi tío don Lino Aguirre, entonces canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara, después último obispo de Sinaloa y primero de Culiacán, ingresé a la Escuela Apostólica, del padre Arturo Espinosa Sánchez, más conocido como “Pinocho”; con este hombre bueno y rebueno cursé el quinto grado o algo parecido, para luego pasar al sexto año o “previo” al Seminario, a Santa Teresita, a un lado del padre Román Romo, al cuidado maternal de “Quica”, su hermana, y bajo la maestría del

presbítero bachiller don José Luis de Santiago, el mejor de los mejores profesores que he conocido en mi cada vez más larga vida; nadie como él para mencionar al alumno, nadie como él para vivir su profesorado, perdón, su magisterio, nadie como él para ser y hacer amigos, nadie como él, nadie como él, nadie como él.

De la mano del padre "Chago", nuevo Virgilio, sus alumnos recorriamos todos los caminos de México y del mundo en su clase de geografía; por su boca sabíamos todos los misterios de la religión y los ires y venires de la historia; el padre "Chago" trató de enseñarnos gramática, geometría y más geometría y cuanto hay; la mera verdad, y con todo y pena, he de decir que yo, jamás de los jamases, pude, puedo ni podré con las fermentadas aritméticas ni menos con las matemáticas, muy a pesar de toda la sabiduría de mi maestro, el padre "Chago" y de quienes le sucedieron como mis profesores en tan misteriosos conocimientos.

A fuer de sincero, yo nunca he dado pie con bola en materia de números, así sean arábigos, romanos o de la nacionalidad que les venga en gana; aún retumban en mis oídos, como sermón de pésame, de tres caídas o de siete palabras, así de lúgubres, "tan lúgubres, tan lúgubres, como en la noche lúgubre el llanto del pinar", aquello que, tal parecía, se regocijaba en escribir un siempre maldito J.E. Rosán, quien entre infinitas majaderías, decía una como la siguiente:

Tenemos una alberca de 89.98 metros de larga, por 13.33 metros de ancha, con una profundidad de 10 metros en sus primeros 14.41 metros y con un deslizamiento de 5 grados. A esta alberca la provee de agua un chorro, que vierte un litro por segundo, pero, tiene una fuga de cinco centilitros cada 3 minutos. ¿Que capacidad tiene? ¿En cuánto tiempo se llenará?

Supongo, que usted, talentoso lector, también diría pestes del tal Rosán, como yo las pensaba del mismísimo padre "Chago", cuando, seguramente aconsejado por el demonio, me pasaba al paredón, perdón, al pizarrón y me hacía que escribiera unas enormes cantidades, tan largas como la cuaresma; para el padre era un

gusto, qué digo gusto, era un gustazo mover el punto decimal para todos lados, como si manejara un ábaco, lo que para mí era como fusilamiento, agonía o cuando menos tormento.

Cuando me tocaba escribir y leer esas cantidades, yo sudaba más sangre que el padre Pío y la madre Neumman juntos en un Viernes Santo; pocos se me hacían todos los canonizados del cielo para acomodarme a su valiosa protección, pues, el resultado era nada, más otra nada, lo que juntas, hacían dos nada.

Ante aquellas cantidades infinitas, al tocarme leerlas, mañosamente yo hacía calderones y más calderones, con lo que lograba alargar el tormento y las palabras, en tanto recordaba las que seguían, por ejemplo: diez décimasmmm, ciento quince centésimasmmm; mil catorce milésimasmmm y así por el estilo; con lo anterior logré a pulso, el primer apodo que me enjaretaron, este fue, claro está, el de “Décimasmmm”.

Para tratar de compensar mi absoluto idiotismo aritmético, la empecé a dar por juntar cuanto papel impreso me topaba y, con aires de solemne importancia, según yo, hacía como que los leía y, por si fuera poco, hasta hacía como que los entendía. La verdad es que debí haberme visto de lo más ridículo, y de lo de entender, seguro estoy que ni papa.

Fue en esa chocantísima etapa cuando, para mi fortuna, mis compañerillos olvidaron lo de “Décimasmmm” y, héte aquí que me endilgaron el segundo apodo, éste fue el de “Papyrus”, sobrenombre, que no sólo no me molestaba, sino que me enorgullecía, porque ya me sentía el depositario, cuando menos, de la Biblioteca de Alejandría.

En lo de los fatales números, las cosas seguían como hasta la fecha siguen; de veras que me apenas ser tan burro, pero, ni modo; hago votos porque en mi reencarnación se componga algo de lo tan descompuesto.

Al ejercer mi destino de “Papyrus”, llegó a mis manos un libro titulado *De mi cosecha*, cuyo autor era un señor llamado Victoriano Salado Álvarez; leí el libro con sumo interés, aunque ciertamente sin capital, por-

que seguramente de aquel bello libro no entendí de la misa la media; pero, curioso como siempre he sido, procuré saber quién era el autor; para mi sorpresa, supe que había sido un "cahapulñín" nacido en Teocaltiche, de nombre Victoriano Salado Álvarez.

A propósito de Teocaltiche, bueno es decir que esta población es famosa en toda la región, porque ahí cada casa, en todo tiempo, desde que Teocaltiche es Teocaltiche, ha tenido un torno para madera y hueso; y siempre ha habido talleres y más talleres de cobijas, de sarapes y de jorongos; en las casas en las que no hay talleres, los hombres y las mujeres tejen la palma en trenzas infinitas como largas vías de tren; con estas trenzas se hacen sombreros que gallardos presumen los rancheros.

Trompos, baleros, molinillos, polveras, ajedreces, cucharas, cortaplumas, cobijas, guitarras, rebozos, chales, sombreros y cuanto hay, son alegría para los ojos, satisfacción para el tacto, regocijo para el olfato, encanto para el oído y alborozo para el espíritu.

En ese industrioso Teocaltiche, escenario de china-cos y de conservadores, por lo demás pueblo tranquilo y chismorrero, había nacido don Victoriano, en 1867, año fatal para las emes; sí, para Maximiliano, para Miramón, para Mejía y para Méndez; en ese pueblo habían nacido también los padres, los abuelos, los bisabuelos y los tatarabuelos de Salado Álvarez y, para más señales, todos ellos habían sido alambiques de hui-zache, chupatintas y pendolistas: escribanos.

La sangre de don Victoriano y de sus antepasados olía a jugo, a savia de los achaparrados arbustos que nacen por esas tierras y con cuya sangre-jugo-savia se fabrica la tinta, esa, la negra, la espesa, la de amacizarse con arenilla, la que largos y anchos trescientos años fue testigo de cargo en autos, en demandas y en contrademandas, en súplicas, en dúplicas y en réplicas, en *ergos*, en distingos, en subdistingos y en contradistingos, en concedo la mayor y niego la menor.

Más por sabiondejo y por métomentodo, que por otra cosa, fui sabiendo, poco a poco, vida y milagros de don Victoriano; entre otros, que fue escuelante de pri-

maria en su tierra natal, en donde, al haber más grados que estudiar, hubo de parar en manos de clérigos bien dispuestos a enseñar latines, griegos, religión, gramática y más gramática; tanto estudió y tanto aprendió, que a poco, su pueblo le quedó chico y tan chico y tan pequeño que, para seguir en el aprendizaje, hubo de emigrar a nuestra madre y señora doña Guadalajara, la de los de Jalisco.

En la tierra tapatía fue matriculado en el legendario Liceo de Varones, sitio en donde otrora fuera el viejo Seminario Conciliar de Señor San José; en el Liceo acreditó su memoria, su talento y su talante; terminado que hubo los estudios preparatorios, el brillantísimo estudiante ingresó a la entonces escuela de Jurisprudencia; en dicha facultad, el mozo Victoriano devoró las Instituta, las *Siete Partidas*, del señor don Alfonso X el Sabio de Castilla; el *Fuero Juzgo*, el *Sala Mexicano*; los textos de Papiniano, de Ulpiano, de Modestino, de Gallo y de Justiniano los sabía al dedillo, de adelante para atrás y de atrás para adelante, motivos todos para que, a los 23 años, el teocaltichense gozara su título de abogado.

A tan lúcido abogado le fueron abiertas las puertas de los puestos públicos y de la sociedad tapatía; como consecuencia de lo anterior, fue nombrado juez y comisionado para hacer proyectos normativos, con lo que sentó fama de muy buen legislador, que es más ése, que ser legislador; tuvo a su encargo la dirección del Periódico Oficial del Gobierno de Jalisco, *El Estado de Jalisco*, del que yo, pasado mucho tiempo, también sería director.

Al revisar los archivos de *El Estado de Jalisco* y darme cuenta que don Victoriano había sido Director, no como yo: director, me entraba un orgullillo digno de mejor causa, tiempo, lugar y modo.

Cuando alguien se refería a mi burocrático trabajillo, encomienda que me fuera dada por el insigne don Agustín Yáñez, gran gobernador de Jalisco, a como diera lugar yo traía a cuento que don Victoriano Salado Álvarez había sido uno de mis antecesores, aunado yo, como dijera mi tocayo el Bautista, “No era digno, ni siquiera, de desatar la correa de su sandalia”, en el caso de quien escribiera

con la más sabrosa de las prosas, mieles y más mieles de *De Santa Anna a la Reforma*; *La Intervención*; *La Conjura de S. Bur* y las primeras tentativas de conquista de México por americanos del oeste; México peregrino; Mexicanismos supervivientes en el inglés de norteamérica; y después de su lamentable muerte se publicarían *La vida azarosa y romántica de don Carlos María de Bustamante*; *Tiempo viejo*; *Tiempo nuevo*; *Minucias del lenguaje*; *Rocalla de historia*; *Sobre unión centroamericana*; *De mi cosecha*; *Nuevas orientaciones de la poesía femenina*; *La novelesca vida del primer ministro de México en los Estados Unidos* y otros más que sería cansado enumerar.

En atención a la brevedad, de la que tan bien hablara el austero padre Gracián, solamente diré que don Victoriano, *pane lucrando*, paleografio el *Libro segundo de la crónica miscelánea en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la Santa Provincia de Xalisco en el Nuevo Reino de la Galicia, Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*, del insigne cronista don fray Antonio Tello; tradujo el célebre libro de la marquesa de Calderón, con el sinsabor de que los filibusteros de siempre se apropiaron su trabajo; también dedicó su tiempo a escribir para periódicos y revistas nacionales y extranjeros; basten como botones de muestra *La Prensa*, de San Antonio, Texas; *La Opinión*, de los Angeles, California; *Excélsior* y *El Universal*, del Distrito Federal; *El Diario de Yucatán*; *El Informador*, de Guadalajara; y, otros periódicos y revistas que no menciono para no cansar a los lectores.

Don Victoriano sí escuchó el canto de las sirenas capitalinas y fue así que, como otro Zarathustra, abandonó su patria y el lago de su patria; en anhelante búsqueda de nuevos horizontes se fue a vivir a la Ciudad de México, en donde hubo de sufrir mil y una penalidades, hasta que, gracias a su esclarecido talento y a su constancia, poco a poco escaló los peldaños de las glorias.

Hubo momentos en los que, con nostalgia, recordó a su tranquila Guadalajara, a su clima, a su altitud, a sus amigos, entre ellos a los dos López Portillo: don Jesús y don José,

Serrano el primero, Rojas el segundo, padre el uno, hijo el otro; a Puga y Acal; a González Martínez; a Gilberto Lazo; a Pérez Verdía; a Coronado; a Zaragoza; a Álvarez del Castillo; en fin, a su *República Literaria*, y a... y a tantos y a tantos que fueran sus compañeros de juegos, de estudios, de recuerdos y de ilusiones.

Don Victoriano abandonó sus prensas, sus periódicos, sus sentencias y fue a la capital engañosa, engañada y engañante a darse de topes contra todos los muros de lamentaciones y a sufrir el noviciado de todo provinciano; a su tiempo ya llegarían mejores aires, mientras tanto, a sufrir y a padecer.

Que nuestro paisano triunfó en la Ciudad de México, ¡sólo eso faltaría!, que no fuera a ganar, y con creces, el hombre que estaba dale que te dio a triunfar, y con su talento, y con su memoria, y con su estilo, y con su elocuencia, y con todas las virtudes que siempre le adornaron, nomás faltaría que el alteño no hubiera triunfado como triunfó.

Porfirio Díaz, los porfiristas y hasta los porfirianos apreciaban el talento de los hombres y, como buenos catadores, buscaban y rebuscaban hasta encontrar al poeta, al novelista, al polemista, al historiador, al intelectual, al culto y, ... y cuando uno de estos menos lo esperaba, eran subidos al tren de las cámaras legislativas o de la alta burocracia judicial o de la ejecutiva.

Los "porfirios" nunca le temieron al talento ni al talante, no, los aprovechaban; los viejos científicos tuvieron el genio de descubrir nuevos valores y de adoptarles en la línea sucesoria; fue así como en el Congreso de la Unión, en la "Corte Suprema" y en los "misterios", se veía ir y venir a los jóvenes más prometedores del país, uno de ellos fue don Victoriano Salado Álvarez.

Nuestro paisano fue electo diputado y senador, y nombrado secretario general de gobierno del estado de Chihuahua por quien fuera su muy amigo, su muy protector: don Enrique C. Creel, gran señor, con quien Salado Álvarez ligara su vida para siempre y de quien fuera secretario en la embajada de México en Estados Unidos y luego sucesor.

Nunca imaginó el escritor de *El Mundo Ilustrado*, de *El Imparcial* y de *El Estado de Jalisco*, que habría revolución y que ésta, directamente, le haría, aunque fuera por muy poco tiempo, encargado del despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, embajador y desterrado.

Don Victoriano fue el puente, el muy buen puente, en Relaciones Exteriores entre el 27 y el 31 de marzo de 1911 y, tanto lo fue, tanto lo hizo con atinencia y prudencia, que el maderismo le envió como embajador a Guatemala, luego a El Salvador y, por último a Brasil; toda esta actividad la desarrolló en los tiempos difíciles de 1911 a 1915; la pena fue que no quedó bien con Carranza, con los carrancistas y hasta con los "carrancenses" y "carranclanes" quienes, todos ellos, se dieron el torpe, torpísimo lujo, de motejar al escritor mexicano de prosa más sabrosa, de prosa más jocunda, de prosa más profunda, de prosa más ágil, como reaccionario, como fanático, como clerical y mil insultos más, solamente porque don Victoriano nunca aceptó y nunca quiso conjugar el verbo "carrancear".

Ya que con los "carranclanes" hemos topado, Venustiano has de saber, que mientras haya quien hable nuestro lenguaje, habrá quien recuerde a don Victoriano como benemérito de nuestro pensar, de nuestro hablar y de nuestro escribir.

A Salado Álvarez no le quedó más que penar el *vía crucis* del destierro, aunque, cuando estuvo en España, fuera transtierro; en la tierra de nuestro amo y señor don Quijote y de nuestro hermano Sancho, vivió cinco años dedicado a limpiar, a fijar y a dar esplendor a su pluma y a nuestro idioma.

Ya que se transitan los caminos tristes del destierro, bueno es, perdón, malo es decir que el desterrado hubo de padecer, y doble, por haber vivido desterrado y en Estados Unidos; sucedió que en la época llamada de la cristiada, un vecino fue infamado de connivencia con los "fanáticos", y como Salado Álvarez no tenía pelos en la lengua, escribió en los periódicos para poner la verdad en su lugar, y eso bastó para que se le desterrara;

hoy se le hubiera impuesto la más alta de las modernas condecoraciones.

En Estados Unidos, don Victoriano apuró todos los cálices, desde el más amargo hasta el más intragable, y hubo de caer en el precipicio sin fondo de la depresión empujado, segundo a segundo, por el peso amargo del destierro y por el jalón infinito de la desaparición física de su único hijo varón; todo esto logró arrojarle del caballo galopante del acedo liberalismo y, como Saulo, ya en el suelo, voltear al cielo y, de ahí en adelante, reiniciar el interrumpido “Padre Nuestro, que estás en los cielos...”

Con una herida abierta en el corazón que no dejaba de manar sangre y más sangre, y con unos ojos manantiales de inagotadas lágrimas, don Victoriano lloraba día y noche al hijo muerto y a la patria lejana, esquiva, huidiza, áspera, madrastra; con tan grandes cargas a cuestas, no le quedaba sino trabajar cuarenta y ocho horas al día en investigaciones históricas y en bienescibir cerros y más cerros de artículos periodísticos para mantener a su familia con el decoro que ésta merecía.

Los sufrimientos le golpearon a toda hora, quizá fue esta la causa por la que, poco a poco, su corazón se fuera descascarando del barniz jacobino y del unívoco positivismo; el tragaobispos y comtista de ayer, sin querer, se fue tornando en el espiritualista resignado quien volviera sus pasos cansados al “Todo fiel cristiano...”

Medio apaciguado el país, regresó a su idolatrado México, ya sin el hijo adorado, con menos años que desengaños; con más, muchos más conocimientos, con más experiencia, ciencia y conciencia; cargado de sufridas y de pesares; repleto de saberes y de olvidares.

En México fue lo que siempre había sido, el gran señor de las letras, el gran señor de la historia, el gran señor del idioma, el gran señor de la imaginación: una vez más se sentó en los sitios que correspondían a su bondad, a su amistad, a su honestidad y a su sabiduría.

Las academias y los salones abrieron sus puertas a don “Tertuliano”, digo, a don Victoriano, solamente que acechante y sin cometer un solo error, seguía sus pasos y muy de cerca la *palida mors, aequeo pulsat*

pede, regumque turres pauperum tabernas; pero ni los “carranclanes” ni los callistas ni la misma muerte pudieron matar la vida que don Victoriano Salado Álvarez diera, como dio a nuestra historia, a nuestra leyenda, a nuestra lengua castellana.

El secretario perpetuo de la Academia de la Lengua dejó de serlo y para siempre; la pluma ágil, serena, severa, cazurra, festiva, maliciosa y talentosa había quedado abandonada y cubierta de polvo sobre el noble escritorio, guardián de los secretos de su amo.

El cuento y la plática de don “Tertuliano”, sí, de don “Tertuliano”, porque la madre de don Victoriano, festivamente decía que se había equivocado de nombre con su hijo, que más conveniente hubiera sido bautizarle con el nombre de “Tertuliano”, porque donde quiera que se encontrara don Victoriano, se gozaba de la mejor de las tertulias por lo platicón, por lo gracioso, por lo ingenioso y por lo erudito de su hijo; pero la historia, la leyenda, la bondad, la sabiduría y la biendicencia lloraron desconsoladas el día en el que murió don Victoriano... el día en que murió don “Tertuliano”.